

## *En compañía de los oficiales prisioneros*

León Trotsky

10 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “En compagnie des officiers prisonniers”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 217-219; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 312, 10 de noviembre de 1912.)

Con una cortés carta del comandante de Sofía (que hace de autoridad) en el bolsillo, me dirijo al hotel Stara Zagora.

Me han dicho que antes era un establecimiento de primera clase. En la última década, la noción de *primera clase* ha cambiado considerablemente. El nivel de vida de las capas altas de la sociedad ha aumentado rápidamente y se han construido hoteles con electricidad, calefacción de vapor, ascensores y personal que habla tres idiomas. Como consecuencia, los viejos bastiones de la hostelería, como el Hotel Macedonia, no pudieron adaptarse a las exigencias de los nuevos ricos y tuvieron que renunciar a su primer puesto, y luego incluso al segundo. Hoy en día, el Stara Zagora se utiliza como residencia de oficiales turcos hechos prisioneros.

En el bar del hotel, con sus viejos retratos, sus techos ennegrecidos por el humo y la advertencia ritual de “no se fía” colocada sobre el mostrador, nos encontramos con diez oficiales capturados en Kirklareli y Geçkenliye. El capitán de infantería R. (nos pidió que no mencionáramos su nombre) hizo de intérprete entre nosotros y sus nueve compañeros de infortunio. Fue el único prisionero herido.

- Nuestra división fue transportada en tren desde Constantinopla hasta Babaeski, nos dijo el capitán. Desde allí, continuamos a pie unos treinta kilómetros hasta Geçkenliye, que se encuentra entre Andrinópolis y Kirklareli. Allí tuvo lugar nuestra desastrosa batalla. Parece que las fuerzas búlgaras también se reducían a una división. Yo estaba indispuerto incluso antes de que comenzara la batalla. Fui herido justo al comienzo. Así que no puedo decir mucho sobre el resto de la lucha. Sólo sé que tuvimos que abandonar nuestra posición y que cuatro oficiales y veinte soldados turcos fueron hechos prisioneros.

- La prensa europea atribuye la derrota de Turquía al hecho de que sus oficiales se volcaron en la política en detrimento de sus deberes militares. ¿Es eso cierto?

Una vaga sonrisa aparece en el inteligente rostro del capitán.

- Perdóneme si esta pregunta le parece demasiado embarazosa...

- No, ¿por qué habría de serlo? Le responderé lo mejor que pueda. Personalmente, no hago política. Soy un soldado y me dedico exclusivamente a mi deber como soldado. Por otra parte, si se refiere al cuerpo de oficiales en su conjunto, la prensa europea debe de tener razón en alguna parte, sobre todo en lo que se refiere al periodo de la revolución. Últimamente, los oficiales han abandonado la política y se han dedicado a sus tareas inmediatas. Pero entonces, cabe preguntarse, ¿cuál fue la causa de la derrota? Es una pregunta difícil de responder. Yo sólo soy un oficial de regimiento; desconozco completamente el plan general de operaciones. Hace un mes, tres divisiones, incluida la mía, abandonaron Constantinopla. No tengo ni idea de adónde fueron las otras.

- Pero estoy seguro de una cosa. Las correspondencias de los periódicos sobre nuestros soldados hambrientos son absolutamente falsas. Cada soldado recibió raciones suficientes para diez días. Cada uno tenía una porción de harina de leche, que hervida hace una sopa nutritiva, y una lata de patatas y guisantes. Allí donde íbamos, todo estaba preparado. En el camino, siempre que era posible, encontrábamos hornos encendidos. A cada soldado se le daba una sartén de hierro, para utilizarla en caso de estancia en vivac para cocinar *čupatije*<sup>1</sup>. Pero no necesitábamos recurrir a eso. Distribuíamos seiscientos gramos de pan al día a cada soldado. Desde Babaeski, en una marcha de treinta kilómetros, llevábamos un rebaño de ovejas. Por la mañana, cada soldado tomaba una

sopa de harina de leche y por la noche, además de su ración de pan, un guiso de carne y verduras. Los rumores que circulan sobre el hambre y la inanición son pura invención. Pregunté a oficiales de otras unidades, añade el capitán R., y su situación era idéntica a la nuestra.

- ¿Cuántos hombres tenía la guarnición de Kirklareli?

El capitán intercambió unas palabras con sus colegas.

- Lo siento, pero no lo sabemos. Entre nosotros hay seis hombres que combatieron en Kirklareli; allí se agruparon unidades de varias divisiones, pero los oficiales de nuestro rango no podían saber el número exacto de hombres de la guarnición...

- Hace un mes, cuando salimos de Constantinopla, no había llegado aquí ningún cuerpo de ejército procedente de Asia. No puedo decir si este mes llegó algún soldado, ni cuántos eran.

Mientras hablábamos, otros dos oficiales, de baja estatura, bajaron al bar, se inclinaron cortésmente, llevándose las manos primero a la boca y luego al fez, y finalmente se sentaron a la mesa con los demás. Enseguida queda claro que hay una brecha cultural entre el capitán y los demás oficiales, que son tenientes y subtenientes. El capitán habla un francés correcto, tiene el aire cosmopolita de un hombre culto, dedos ágiles y afilados y lleva un *pinze-nez*<sup>2</sup> [unos quevedos]. Sus compañeros de armas parecen suboficiales. Uno de ellos, un anatolio, no acaba de comprender la importancia de nuestra visita. Probablemente no es un lector atento de periódicos.

En el curso de nuestra conversación, llevaron a los prisioneros unos abrigo del ejército búlgaro por deferencia del comandante.

- Durante los combates, explicó el capitán, no llevábamos abrigo y ni siquiera los teníamos cuando nos hicieron prisioneros. Allí nos habían dado algo con lo que cubrírnos para que no pasáramos frío en nuestro viaje hasta aquí. Ahora el comandante tiene la amabilidad de poner estos abrigo a nuestra disposición.

Acompañados por los oficiales y el encargado de instalarlos, subimos a ver sus habitaciones. Una de ellas tenía cuatro camas y las otras dos.

- Me hubiera gustado que las habitaciones estuvieran mejor cuidadas, nos dijo el director, pero es imposible: ya no hay personal de servicio. Todos han sido llamados al servicio militar. Incluso así, cambiamos las sábanas dos veces por semana. La comida corre a cargo del restaurante y las bebidas se sirven a crédito en el bar. Por lo que sé, pronto recibirán su paga, que se calculará desde el primer día en prisión.

- No tenemos nada de qué quejarnos, dice el capitán R. al despedirse de nosotros, y menos aún de las condiciones de contrición en que nos encontramos. No se nos permite salir del hotel sin permiso del comandante, pero en la práctica no estamos sometidos a ninguna vigilancia. Sin embargo, no abusamos de esta relativa libertad por razones que no le será difícil comprender. En cualquier caso, mis compañeros y yo insistimos en que no tenemos ninguna queja que formular y aprovechamos la ocasión para transmitir nuestro agradecimiento al comandante.

Un saludo final, de manos a labios a fez, y abandonamos este hotel transformado en una pequeña Santa Elena para un grupo de oficiales turcos.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

<sup>1</sup> Panes planos que parecen hogazas. N. E.

<sup>2</sup> En francés en el original. N. E.